



milenios, las palabras las empezaron a grabar en ladrillos y muros. Te imaginas, el peso que tendría escribir una carta de cualquier orden para hacerla llegar a su destinatario. Tal vez, se hubieran necesitado varios burros o algunos camellos. Luego, por el rumbo de las pirámides de los faraones, las letras se dibujaron en papiros, pero estos pronto se deshacían con el tiempo. Y en Pérgamo, rivalizando con la gran biblioteca de Alejandría, las letras se pintaron en cueros. Uf, el tamaño y los rugosos que eran aquellos libros escritos en pergamino. Y sigue la danza de las letras cuando, Gutenberg, inventa la imprenta, y los copistas gritaron en duelo. Pero no. Pronto la Biblia se imprimió con aquel molde y EL Quijote llegó a las manos de quienes sabían leer. Pero como la lectura es contagiosa, las escuelas abrieron sus puertas a más personas quienes deseaban saber leer y escribir, y los párvulos, desde allá, empezamos a garabatear, círculos, rallas, olas..., para enseguida ponerle

una colita al círculo para saber escribir y leer la: a. "Sí, así enseñábamos a leer y a escribir cuando yo empecé a ser maestra, hace setenta años", con orgullo afirma la maestra. "Pero los niños ya no saben escribir a mano".

Claro que sí lo hacen con la mano, pero ahora lo escriben en la computadora. "Hermana, no tengas miedo, con estos pizarrones digitales, los niños de ahora están mirando cómo escribir, ya no en las piedras, sino en las estrellas".



Y entramos al tema de la belleza y con él, regreso a aquella tarde cuando una jovencita, me preguntó si estaba borracho o drogado. "Sí", le respondí, "me tiene drogado el atardecer", ella se quedó pensativa, pelándome unos ojos que gritaban: "este viejo, está chiflado de remate", y para corroborarlo me pregunta: "y qué le ve". "¡Mira los colores que tiene!" Era la caída del sol cuando se hundía entre nubes (en un abanico de colores), anaranjados, azules, colorados, amarillos, lilas, rosas pastel... y grises, conforme se fue ocultando detrás de la Isla del Tiburón. En aquel trance, a la jovencita le ofrecí mi banquito y su compañero se sentó en la arena, cada uno a mi lado. La plática se extendió, la luna nos alumbró y en su luz, me lanza la pregunta, "¿Y desde cuándo le gusta ver los atardeceres?". Busqué una respuesta y no encontré la fecha, hice una pausa, nos miramos y suavemente les dije; "No sé desde cuándo, pero si yo tuviera la edad de tu novio, de seguro, te estaría viendo a ti". Y tomados de la mano con la nochecita los vi partir. Hermana, maestra Cuquita: Cierto, estamos hoy aquí porque el pasado es el que nos sostiene, pero no hay que añorarlo, porque viéndolo bien: Hoy es el mejor día de nuestras vidas.

*** Médico retirado, ex rector de la Universidad Kino. Correo: joret_2004@yahoo.com.mx**